

DINASTÍA XVIII (DIOSPOLITANA)

- I. Ahmosu I Nibpehtiri.
- II. Amananhtpu I Zosorkeri.
- III. Thutmosu I Akhopirkeri.
- IV. Thutmosu II Akhopirinri.
- V. Khnumitamanu Hatshopsintu, Makeri.
- VI. Thutmosu III Manakhpini.
- VII. Amanhatpu II Akhopisuri.
- VIII. Thutmosu IV Khkaen Mankhopiruri.
- IX. Amanhatpu III Manibri.
- X. Amanhatpu IV Nofirkhopiruri-Mauri Khuniatonu.
- XI. Saanakhit (?).
- XII. Nutir Ioft Ai Hik Nutir Ois Khopir-khopiruri Iri Mait.
- XIII. Tutankhamanu Hik Ou Prisi Krepi-runibri.

DINASTÍA XIX (DIOSPOLITANA)

- I. Hamahabi Miamun Sozorkhopiruri Sot-perni.
- II. Ramsisu I Maupehtiri.
- III. Situi I Minephtah Maumari.
- IV. Ramsisu II Miamun Usirmakari Sot-peuri.
- V. Minephtah I Holpu Hi Mait Biuri Miamun Mi Nutiru.

- VI. Amenmoso Hik Ou Menkhari Sotpeuri.
- VII. Mineptah II Siphtah Khuniri Sotpeuri.
- VIII. Situi II Minephtah Usirkhopirui Miamun.

DINASTÍA XX (DIOSPOLITANA)

- I. Nakhtsits Miamun Usirmari Miamun.
- II. Ramsisu III Hik Nutir On Usirmari Miamun.
- III. Ramsisu IV Hik Meit Miamun, Usirmari Sotpeuri.
- IV. Ramsisu V Amonhikhopshup Miamun Usirmari Skhopirinhi.
- V. Ramsisu VI Amonhikhopshup Nutir Hik Ou Nibruari Miamun.
- VI. Ramsisu VII Atamou Nutirik On Usirmari Miamun Sotpeuri.
- VII. Ramsisu VIII Sithikhopschuf Miamun Usirmari Khuniamon.
- VIII. Miamun Mitun.
- IX. Ramsisu IX Siphtah Skhauri Miamun.
- X. Ramsisu X Miamun Nofirkouri Sot-peuri.
- XI. Ramsisu XI Amanhikhopshuf Khopirmais Sotpeuri.
- XII. Ramsisu XII Khamois Nutir Hik Ou Miamun Maumari Sotpeuphtah.

LIBRO III

EL IMPERIO ASIRIO Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE LOS SARGÓNIDAS

CAPITULO VII

El primer imperio Asirio.— Los hebreos en el país de Canaán.

Asina: Nino y Semiramis; Tiglatfalar I.—Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel. Palestina y Fenicia en tiempo de los Jueces.

Siria está colocada de tal modo que sólo puede ser independiente con la condición de no tener cerca vecinos poderosos. En cuanto aparece un conquistador en el Nilo ó en el Tigris, parece que le atraen indefectiblemente las riquezas de Damasco y Sidón, de Gargamish y Gaza. Libertado Egipto de los Pastores, se lanzó sobre el país de Kharu, poniendo guarnición en las ciudades é imponiendo tributos á naciones grandes y pequeñas durante varios siglos. Sus ejércitos todavía no habían dejado á Siria, cuando ya se aprestaban las fuerzas asirias á entrar en ella.

Ocupaba Asur la parte media de la cuenca del Tigris, desde la confluencia del río con el Kornib hasta el sitio donde desemboca en las llanuras de aluvión de Caldea. Al Este, el curso medio del gran Zab y algunas estribaciones del Zagros la separaban de los coseos y otras tribus que vagaban por lo que después fué Media. Servíanle de límites, al Norte, el monte Masios; al Sudeste el Adhem; al Oeste y al Sudoeste se alargaba hacia el Khabur y el Eufrates, sin que sepamos si los alcanzaba. La región oriental regada por el Kornib ó Khabur, el Zab grande y el pequeño y el Adhem, abundante en colinas con árboles, era rica en metales y minerales, fértil en trigo y fruta. Antiguos canales circulaban por las campiñas y suplían á la escasez de lluvias. Abundaban las ciudades opulentas y populosas, cuyos nombres llenan los anales regios, y cuyas ruinas cubren el país, pero no siempre son identificables fácilmente. Dos de sus capitales, Nínive (Niuna) y Kalakh (Katkhu) fue-

ron fundadas en tiempos de los primeros colonos caldeos. Al Oeste del río hay una vasta meseta ondulada que sustenta algunas colinas. Allí se alzaban Singar y Azur (Blassar) la más antigua de las grandes ciudades asirias.

Desde el tiempo de Thutmosis III, la posición relativa de los Estados que dominaban en aquellos parajes había cambiado por completo. La Caldea había decaído cada vez más; Asiria, en cambio, iba creciendo en fuerza y en audacia. Después de los pontífices reyes (Ishmidagan, Shamshiadad, Irishum), aparecieron los reyes autónomos Asinbelnishi, Bursurur, Asurnadinakhé I cuyos reinados corresponden al siglo xv antes de nuestra Era. Gracias á sus esfuerzos, habían conseguido ser respetados por sus vecinos. Asinbelnishi y su hijo Bursurur (entre 1400 y 1370) trataban de igual á igual con Kadashmambel, Burnaburish I, y otros reyes coseos de Caldea. Uno de éstos (Kharakhardash), se casó con una hija de Asmembalit, sucesor de Bursurur, que con tal motivo intervino en las interioridades del reino de Babilonia. Kadarhankharb, hijo de Karakhardash y de la asiria, fué degollado en una rebelión de los kasholi y le substituyó un tal Nazibugash. Asmembalit mató al usurpador y entregó la corona á su bisnieto Kurigalzu II. Este vivió mucho tiempo en buenas relaciones con sus primos ninivitas, Belmirari y Budilu, y la seguridad por la parte del Norte le permitió obtener brillantes ventajas sobre los elamitas, á los cuales derrotó, matando á su rey Khurbatila. Tomó y saqueó á Susa, restituyó á los santuarios caldeos los objetos sagrados que les habían sido arrebatados más de mil años antes, y á fines de su reinado tuvo que combatir contra Adadnirari I que había sucedido en Asiria á Budilu, y le venció. Adadnirari volvió á la carga contra Nazimaruttasch, hijo de Kurigalzu, y esta vez tuvo más suerte. Selmanasar I, que siguió á Adadnirari, logró colonizar la cuenca superior del Tigris. Su hijo Tugulnir I (1270) entró en Babilonia, no como

auxiliar, sino como dueño, y se proclamó rey.

Toda esa historia es un boceto sin color, falto de pormenores. Más adelante, en la época persa, la leyenda mitológica substituyó al seco relato. Contábase que en los siglos primitivos, un jefe llamado Nino, había logrado en Asia un imperio que abarcaba á Babilonia, Armenia y Media, y las comarcas situadas entre el Mediterráneo y el Indo. Edificó á Ninive á orillas del Tigris, llamando á su capital gran número de extranjeros. Una guerra con Bactriana interrumpió estos trabajos. Entonces sitió á Bactres, donde encontró á Semíramis, á la cual se atribuya



Estatua de un Faraón llevando detrás el gavilán de Horo.

origen divino, pues se la creía hija de un simple mortal y de la diosa Derketo de Ascalón. Abandonada al nacer, la había recogido un pastor llamado Simas. Oannes, gobernador de Siria, se había casado con ella por su hermosura y la llevó consigo á la guerra. Nino, maravillado de su valentía, se la quitó á su marido y la asoció al trono. Reina ya, fundó á Babilonia, puso dique al Eufrates, reunió las dos orillas por medio de un puente y estableció el templo de Belo. Se acababa esta labor cuando estalló una rebelión en Media. La reprimió Semíramis y luego trató de recorrer sucesivamente todas sus provincias, para introducir mejoras en ellas. Edificó á Ecbatana, Semiramocarta y Tarsia. Por donde iba abría caminos y erigía túmulos

á los generales muertos en sus expediciones. Llegada á los confines de Siria, atravesó el istmo y conquistó á Egipto. La fama de las riquezas indias la llevó á las orillas del Indo, pero allí fueron derrotadas sus tropas por los elefantes del rey Stratobates, y volvió Semíramis á sus Estados definitivamente. Sus hazañas no la libraron de las ingraticudes de los suyos, y su hijo Ninias conspiró contra ella. Cuando se le reveló la maquinación, abdicó y se convirtió en paloma, rasgo que confirma su origen divino. Nino y Semíramis no pertenecen realmente á la humanidad. Forman una pareja divina y difrazan con su nombre la figura de Nimip Adar y de Ishtar, que son Hércules y Venus asirios. Sus hazañas han de considerarse como una fábula más, de las muchas con que llenó las primeras edades del mundo la epopeya babilónica.

Muy diferente á esta novela es la historia auténtica de los primeros monarcas asirios. La conquista de Caldea los mezcló en seguida en una serie interminable de guerras sangrientas. Siete años después de su victoria Tugulnir I fué asesinado por su hijo Asurnazirabal I. Valiéndose de los desórdenes subsiguientes, se levantó Babilonia contra sus vencedores y Adadshumuzur, miembro de la familia carsita, se apoderó del trono. A fines de su reinado, fué atacada por Belchodorosor, que había sucedido á Asurnazirabal; ambos reyes perecieron en la pelea, pero vencieron los babilonios. Milishikhu, hijo de Adadshumuzur, tomó la ofensiva y persiguió al nuevo dueño de Asiria hasta los muros de Asur. Allí fué rechazado, pero Nippalekur tardó en reponerse de sus pérdidas. Su hijo Asurdan I venció en combates decisivos á Samamashindin, rey de Babilonia, se apoderó de muchas ciudades y volvió á sus Estados con enorme botín. Su triunfo se debió en gran parte á la caída de la dinastía carsita, cuyo último príncipe, Belshumidin, murió en 1140 y las guerras civiles que ensangrentaron el advenimiento de la dinastía de Pashé, redujeron á la Mesopotamia á la impotencia durante tres generaciones. Mutalkkinusku y Asirovishishi, sucesores de Asurdan, ganaren con ello no pocas ventajas, y el segundo dominó las comarcas rebeldes. Cuando Nabucodonosor, príncipe hábil y enérgico, después de haber pacificado á Caldea y libertado de los elamitas á sus súbditos, quiso atacar á Ninive, fracasó completamente y tuvo que huir dos veces, dejando en manos

del vencedor su equipaje y el estandarte real.

Asiria formaba un imperio compacto y vigoroso cuyas fuerzas podían concentrarse rápidamente en un sólo punto para vencer la resistencia más tenaz. Excepción hecha del Sur, donde era de temer Caldea, sólo tenía delante tribus aisladas, sin lazos ni consistencia, que dominaba sucesivamente con facilidad. Así había extendido su supremacía sobre la alta cuenca del Tigris y sobre Mesopotamia. Pagábanle tributo muchos países. Tugultipalesharra I (Tiglatfalsar) agrandó considerablemente sus posesiones. Desde principios de su reinado, los Muskhaya, mandados por cinco reyes, bajaron de sus montañas é invadieron la Comagena. Habían obedecido antes á Asiria, pero se habían sublevado sesenta años antes y desde entonces eran libres. Tiglatfalsar corrió á su encuentro, los derrotó y les cogió abundante y rico botín. Resultado de esta derrota fué la recuperación de la Comagena. Los asirios pasaron el Tigris y saquearon á Shirishi, capital de la provincia, á pesar de la intervención de las tribus vecinas.

La sumisión de la Comagena y el debilitamiento de los moskhayas no podía durar, si conservaban su independencia las naciones vecinas. Al año siguiente, mientras una parte de las tropas del rey asirio pasaba el Zab pequeño y llevaba á cabo fructuosas algaradas en los montes del Kurdistan, Tiglatfalsar emprendió campaña contra la gente de Khasia y Khuskhié. Llegado al corazón de la masa montañosa de Armenia, derrotó á los habitantes de Khuskhié, y quemó 25 poblaciones de Khasia.

Afirmada la tranquilidad al Norte y al Este, se dirigió al Noroeste y se ensañó contra el Nairi. Recorriendo caminos abruptos, subiendo á escarpadas alturas, atravesando angostos desfiladeros, tuvo que disputar el terreno palmo á palmo. Veintitrés reyes del Nairi reunieron sus hombres, pidieron auxilio á las naciones ribereñas del Mediterráneo y dieron la batalla, pero fueron vencidos, incendiadas sus ciudades y tomados sus hijos en rehenes. Aquello fué preludio de mayores triunfos. Tiglatfalsar partió de Asur al año siguiente y marchó contra el país de Aram, derrotó á los sukhis, atravesó el vado del Eufrates y fué el primero de su raza que entró en el territorio de los hittitas septentrionales.

Desde la invasión de las naciones maríti-

mas en tiempo de Ramsés III, los khati habían acabado de perder el imperio que les correspondió durante cierto tiempo en Siria y Asia Menor. Ya no eran más que un pueblo chico entre el Eufrates y el Aprié alrededor de Gargamish. A su lado, media docena de reyezuelos se repartían el valle del Orontes superior y la llanura del Naharanna. El reino de Patris, cuya capital se llamaba Kinalua, el de Pitru, el de Khalupu, al cual llamaban los asirios Khalran, eran los más notables. Existía todavía la antigua Kodshu, aunque reducida. Hamath y Soba conservaban la categoría que disfrutaban en tiempo de los Faraones. Tiglatfalsar, al llegar á aquellas comarcas dominadas hasta poco antes por el Egipto, se apoderó de ellas con poco trabajo. Atravesó la Siria del Norte, escaló el Líbano y entró en el país de Akharus. Asrad le prestó



Esfinge de Tanis de granito negro.

sus navíos y tuvo la satisfacción Tiglatfalsar de matar personalmente un delfín. Cuando hubo noticias de su llegada, el Ramesida que reinaba en Egipto creyó prudente no reclamar contra esta violación del derecho de sus antepasados sobre los khati. Envío regalos á su hermano asirio, entre ellos cocodrilos é hipopótamos, que al llegar á orillas del Tigris, donde eran desconocidos, excitaron la mayor curiosidad, y se juzgó este envío como un acontecimiento memorable.

Como los grandes Faraones de las dinastías XVIII y XIX fué Tiglatfalsar general incansable. Guió en persona la mayor parte de las expediciones, venció y castigó á innumerables enemigos, cabalgó de uno á otro extremo del imperio, sin temor á distancias ni á obstáculos materiales. Además era un cazador encarnizado de leones y tenaz matador de bestias bravas. Eran indudablemente los asirios una de las razas mejor dotadas del Asia anterior. Tenían menos

originalidad que los caldeos, maestros suyos en civilización, pero más tenacidad y energía. Poseían en grado máximo las cualidades militares, fuerza física, actividad, destreza, serenidad e imperturbable valor. Cazaban el oso gigantesco y las fieras que abundaban en su territorio, y se batían con ellas frente a frente. En cambio los dominaban otros vicios. Eran un pueblo sanguinario, violento y mentiroso, sensual, orgullosísimo, falso y traidor por desprecio al adversario. Pocas naciones abusaron con más insolencia de la fuerza. Demolían y quemaban á su paso las ciudades, empalaban ó desollaban vivos á los jefes rebeldes, y á pesar del brillo y refinamiento de su civilización exterior, seguían siendo bárbaros.



Estadua de un magnate egipcio.
(Museo del Louvre.)

Cometían siempre tales atrocidades en nombre de Asur, porque eran un pueblo religioso por excelencia. Edificaban muchos y ricos templos y Tiglatfalasar reconstruyó el derruido santuario de Anu y Adad construyendo seiscientos cuarenta y un años antes, y lo rodeó de templos y palacios espléndidos. A pesar de todo, no puede compararse su arquitectura con la egipcia, ni en amplitud de planos ni en elección de materiales. Sus masas son insignificantes, si se comparan con las de Luxor y de Karnak. Después de la conquista del Nairi, Tiglatfalasar erigió un pilar conmemorativo de sus triunfos en una de las fuentes del Tigris. Otra expedición le llevó al Kumanu (Cumana) y otra al centro de Caldea. Durante dos años la recorrió en todas direcciones. Cayeron en su poder varias ciudades, entre ellas Babilonia, y fué asolado el país de Zukhi, pero grandes fracasos borraron pronto la gloria de estos primeros triunfos. Mardukhuadinakhé, rey de Babilonia, ex-

pulsó á los invasores, penetró persiguiéndolos en Asiria y se apoderó de la ciudad de Hekali, llevándose las estatuas de los dioses á Babilonia, donde permanecieron cuatrocientos diez y ocho años. Asurbelkala, hijo de Tiglatfalasar, reparó estos desastres, tomó á Bagdad, asoló las cercanías de Babilonia y obligó al rey Mardukshapikzirim á pedir la paz. Esta duró mientras reinó Shamshiadad III, hijo también de Tiglatfalasar, pero Asurnazirabal II, hijo de Shamshiadad, tuvo un reino desgraciado. Cerca de Gargasmish fué vencido por los hittitas confederados y perdió lo conquistado por su abuelo. Siria se libró durante cierta época del dominio asirio y fué dueña de sus destinos.

Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel.

Al salir de Egipto, se internaron los hebreos en la península del Sinaí, mientras los libios y las naciones del mar amenazaban el Delta. Querían apartarse de las grandes vías militares y evitar al mismo tiempo el choque con los bárbaros y la persecución del Faraón. El desierto ofrecía á los fugitivos el asilo más apropiado á los instintos nómadas de su raza. La tradición sacerdotal afirmaba que conocía los destinos del pueblo, y el tiempo que estarían en el desierto. Su jefe Moisés los debía de llevar al Sinaí para recibir del mismo Dios los artículos de su ley fundamental. Cuarenta años después de pasar el Mar Rojo, obtuvo del Altísimo licencia para llevar á su pueblo á Canaán, de donde procedían sus antepasados, é invadió la comarca situada al Este del Jordán, pero murió antes de entrar en la tierra de promisión, cuya conquista estaba reservada para Josué, hijo de Nun, sucesor de aquél en el mando.

Es probable que los hebreos estuvieran bastante tiempo en la península del Sinaí. Las victorias de Ramsés III no habían de inspirarles muchos deseos de acercarse á las regiones donde dominaban sus antiguos dueños. La tradición posterior asegura que constituían ya entonces, como la mayor parte de los pueblos de su raza, una asociación de doce tribus, enlazadas por parentesco más ó menos directo con los doce hijos del patriarca Jacob. Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón, descendían de su primera mujer Lía; José y Benjamín de la segunda,

Raquel; Dan, Neftalí, Gad y Asher, de las cubinas de su harem. A Leví y á José se substituían Efraín y Manasés, hijos que José tuvo de una egipcia. Esta división respondía á una idea mítica más que á la realidad de los hechos, pero entró hasta tal punto en las costumbres, que subsistió nominalmente hasta después de que las tribus se fundieron en un solo pueblo ó desaparecieron en parte. Cuando los hebreos vivían en el desierto el número y la nomenclatura no estaban determinados con tal exactitud. Los clanes que los constituían estaban unidos entre sí por vínculos muy flojos. Cada uno obraba á su gusto, sin unidad de acción ni de mando, ni dirección religiosa común. Después de haber vagado algún tiempo en busca de un territorio, pasaron al Sudoeste del Mar Muerto, á la región montañosa que rodea la ciudad de Kadesh. El país es pobre y árido y apenas posee algunos manantiales, poco favorables al cultivo y á la cría de ganados. Los recién venidos encontraron allí pueblos del mismo origen como los kenitas, edemitas y madinitas, con los cuales se aliaron y pelearon sucesivamente, llevando la vida que hoy hacen los beduinos, mitad pastores, y mitad bandidos. El recuerdo de esta edad pastoral fué amado por ellos mucho después de haberse instalado en Canaán. El Seir y el Sinaí fueron para ellos las montañas santas por excelencia, aquellas en que Jehovah, su Dios, vivía en una gloria misteriosa y desde donde se lanzaba á socorrer á sus fieles á la hora del peligro.

Algunas familias de las cuales procedieron más adelante las tribus de Judá y Simeón, se fueron directamente al Norte, fijándose, acompañadas de los kenitas, en los valles más próximos al Kadesh, cerca de Hebron. El grueso de la nación no siguió este camino, por temor á los egipcios y á los pueblos que les pagaban tributo. Rodeó lentamente la vertiente meridional del Mar Muerto, siguió la frontera del Moab y de Amón y desembocó en el país de Galaad, meseta ochocientos metros más alta que el Jordán, cortada por barrancos hondos y pastos abundantes. Al Sur escasean las arboledas, pero al Norte hay muchos bosques de hayas, pinos, alcornoques, sicomoros, terebintos é higueras. Por tres valles bajan al Jordán y al Mar Muerto las aguas del Hebron, el Jablok y el Yarmuk. Se contaba que Esaú, Laban y Jacob, antecesores de la raza, habían andado

por aquellos parajes, y la crónica se encargó de buscar sus huellas. La tradición habla de batallas dadas en Galaad por Moisés, de victorias ganadas por los israelitas contra Sihón, rey de los amorreos, y contra Og, rey de Barhañ. La toma de posesión no se llevó á cabo con acciones decisivas y rápidas, sino que fué lenta y gradual. Los inmigrantes se deslizaron en el país formando grupos de pastores y bandoleros, encontrándose á la larga bastante numerosos para expulsar, esclavizar ó absorber á los anteriores habitantes. Gad se quedó con lo mejor del territorio. Rubén trató de hacerse



La estatua del duplicado de un enano egipcio.

con un dominio en la ribera oriental del Mar Muerto á costa de Amón y Moab. Más adelante las tribus de Mukhir y Jair, asociadas no se sabe cómo con Manasés, disputaron á los arameos las llanuras situadas entre el lago de Genezareth y la orilla septentrional del Yarum.

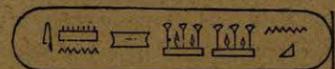
Durante poco tiempo el clan de Nobakh, puso sus avanzadas en Kenalh al pie de las montañas de Haurán. Ya en posesión de su patrimonio, aquellas tribus vivieron

aisladas del resto de la nación. Cuando tenían que tratar algo, Galaad se quedaba allende el Jordán, y cerca de los arroyos de Rubén había grandes deliberaciones, pero sin resultado. Bastante tenían con defenderse contra las continuas invasiones de los sirios de Damasco, de los beduinos del desierto, de Moab y de Amón. Gad, amenazada siempre, se defendió victoriosamente. Rubén se apartó por completo de estas luchas, y pronto no fué más que un nombre entre los hijos de Israel.

Al Oeste del Jordán prosiguió seguramente la inmigración en condiciones análogas á las que habían favorecido la entrada en Galaad. La crónica sacerdotal prefirió narrarla como una conquista rápida, hecha de una vez por orden y con auxilio de Dios. Decía que después de muer-

to Moisés, Josué atravesó el río algo más arriba de su desembocadura, y se apoderó de Jericó. La toma de esta plaza decidió la de Aí, Betel y Siquem. Esta ciudad en el centro de Canaán, se convirtió en punto de reunión del pueblo: allí fijó Josué su residencia y erigió en el monte Ebal un altar de piedra, donde estaban grabados los artículos principales de la ley. Una primera coalición, fundada por los cananeos del Sur á las órdenes de Adonisedeck, rey de Jebus, se estrelló ante los muros de Gibeón, siendo mutilados ó degollados sus jefes. La segunda, organizada por Jabin, rey de Hazor, no tuvo mejor éxito. Jabin fué derrotado cerca del Merom y su capital fué quemada. Entonces recibió cada tribu con regularidad el terreno que le correspondía. Esta no es la historia sino la leyenda de la invasión. Las tribus no obraron con la unidad que tanto se pondera. Trabajaron cada cual por su cuenta y las más numerosas se aprovecharon de su fuerza para quedarse con mayor parte. Se infiltraron más allá del Jordán, grupo por grupo. Su tradición dice que entraron por los vados de Jericó, lo cual es muy probable. Pero, si recapacitamos que la más numerosa de sus colonias se agruparon alrededor de Siquem, habremos de creer que el cuerpo principal atravesó el río por la mitad de la corriente. Al llegar á la orilla occidental, tropezaron los israelitas con naciones más civilizadas que ellos, y provistas de mayores medios de resistencia. Las ciudades muradas y los carros de hierro, que habían desafiado años enteros á las aguerridas tropas del Faraón, nada podían temer de las gavillas de israelitas mal equipados que vagaban por los alrededores. No hubo, pues, guerras propiamente dichas, sino una serie de algaradas, escaramuzas y sorpresas en las cuales sucumbió más de una plaza fortificada. Varios pueblos cananeos, cansados de estas continuas alarmas, prefirieron tratar con los saqueadores y entregarles parte de sus campos. Otros les abrieron voluntariamente las puertas y emparentaron con ellos. La tribu de Ibraim, que era muy poderosa, se implantó sólidamente en el centro, en las montañas que separan el valle del Jordán de la costa siria, y allí se englobó poco á poco á los amalecitas que la habían precedido. Las otras se arreglaron lo mejor que pudieron: Benjamín al Sur, en las alturas que dominan la llanura de Jericó; Manasés, al Norte, en los pantanos del Jordán y en las gargantas del Thabor. Cua-

tro tribus secundarias, Isakar, Asher, Neftali y Zabulón, ganaron las colinas que hay detrás de Tiro y Sidón. Simeón y Levi fracasaron en su ataque contra Siquem. Levi, quedó completamente destruída y Simeón reducida á algunas familias que luego se unieron con Judá. Los danitas anduvieron buscando territorio mucho tiempo. Seiscientos de ellos acabaron por sorprender en plena paz el puerto sidonio de Lais, pa-



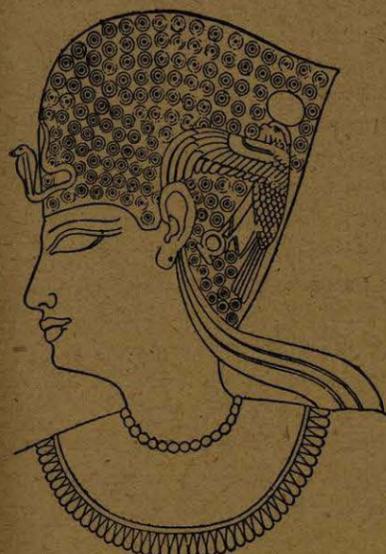
El Faraón del Exodo.

saron á cuchillo á los habitantes y dieron su nombre á la ciudad. Casi toda la llanura y las ciudades cananeas conservaron su independencia: Bek Apat, Bekh Hemesh, Mageddo, Tabuak, Beth Shran y Siquem al Norte, Jebus, Gibeón Guezer, Aialon y otras

al Sur. Por no haber sabido cómo apoderarse de ellas los invasores se vieron cortados en tres trozos de importancia igual, no enlazados entre sí: Al centro Efraim y la casa de José; al Sur, Judá y Simeón; al Norte, Isakhar, Asher, Neftali, Zabulón y Dan.

Los años de la ocupación y los siguientes son la época heroica del pueblo hebreo. Los libros sagrados que conservan su recuerdo, suponian que después de la conquista se habían aflojado los lazos que unían á las tribus, según se iba perdiendo la memoria de Moisés y Josué. Los vencedores al casarse con hijas de hittitas, amorreos, feresios, hinitas y jebusitas dieron sus hijas á los hijos de éstos y sirvieron á sus dioses, olvidando á Jehovah y adorando á Brahm y Asherah. Rota la unidad religiosa, no podía durar la política. Hubo guerras entre tribu y tribu; las más fuertes permitieron que los cananeos oprimieran á las débiles y todas revelaron su incapacidad para conservar la independencia. Israel, á pesar de sus 40.000 hombres, aptos para la guerra, fué presa de los pueblos vecinos. Amorreos, moabitas, amonitas y filisteos, fueron dominando á sus diversas fracciones, y les devolvieron con usura los daños

que habían recibido de Josué. Según la *Biblia*, por abandonar los hebreos el culto de su dios, adorar á los ídolos y menospreciar las enseñanzas de los Jueces que Jehovah les enviaba fueron vencidos por sus enemigos. A veces arrepentíanse de sus faltas, pero á la muerte de cada Juez se corrompían más aún y no mejoraban de



Un Faraón con el tocado de gran ceremonia.

conducta. Nada más ficticio que semejante manera de considerar las cosas. Los Jueces no se sucedieron con regularidad; no eran magistrados revestidos de autoridad oficial, reconocida por toda la nación; no eran más que héroes locales, ilustres cada cual en su tribu, pero generalmente sin influencia en las tribus vecinas. Eud, era benjaminista; Jefté, de Galaad; Gedeón, de Manasés. Varios existieron realmente, pero otros, como Othniel, no eran más que la personificación mítica de una raza ó de una tribu. Sansón fué un personaje histórico, pero la descripción de sus proezas y padecimientos tiene un carácter completamente legendario, con tal mezcla de ironía amarga, y profundidad trágica, que nada hay semejante en todo al Antiguo Testamento.

No puede, pues, haber anales seguidos correspondientes á esta época. El olvido más profundo ha sepultado las luchas de Israel contra Canaán, y sólo queda el recuerdo de algunos episodios. José se presentó como campeón de Dios y protector de sus hermanos débiles. Cuando los cananeos del valle de Kishon redujeron á la desesperación á las tribus del Norte, José organizó una nueva coalición contra

su jefe Sisera, en la cual entró por primera vez la mitad de la nación. Efraim, Zabulón, Makir, Benjamín, Isakar y Neftali acudieron á la lucha. Rubén, Gad, Asher y Dan no contestaron al llamamiento. Por su parte, Sisera reunió á los jefes de los cananeos y bajó á la llanura. El choque entre ambas tropas se efectuó en Taanak. Sisera fué derrotado completamente, y es bien conocida la historia de Jael, mujer de Heber, que, cuando aquél huía y le pidió agua, le atravesó el cráneo.

El efecto de victorias semejantes no duraba mucho. Los clanes, asociados para un fin común, se separaban en cuanto lo obtenían, y los cananeos, lo mismo que en los siglos de la servidumbre egipcia, se reponían pronto de la derrota, y atacaban con nuevos bríos. Además no eran éstos los únicos enemigos de los israelitas: los beduinos del desierto trataban á los hebreos como éstos á los cananeos. Los grupos beduinos no se contentaban con molestar á Rubén y á Gad; atravesaban el Jordán y se lanzaban inopinadamente contra las tribus del centro. Ya Ehud, el benjaminista, había librado á sus compatriotas matando á Eglon, rey de los moabitas, en su mismo palacio. Pero al ser rechazado el país de Moab, entró en campaña Madián, cuyas incursiones repetidas anualmente, arruinaron á Efraim. La conciencia de su debilidad impulsó á los oprimidos á coaligarse otra vez, y á elegir un jefe único ó rey. El primero que al parecer usó este título entre los israelitas fué un hombre de Manasés, llamado Jerubaal ó Gedeón. Según el relato más verosímil, dos jefes madianitas, Zebah y Salnuma, tuvieron la desgracia de matar á los dos hermanos de aquél cerca del Thabor. Jarubaal los persiguió, los alcanzó allende el Jordán y los degolló con sus propias manos. Esta hazaña aterró á los nómadas y restableció para algunos años la tranquilidad. La tribu de Manasés ofreció el cetro á Jerubaal, que residió en Ofra, fundando un santuario cuyos sacerdotes le eran muy adictos. La tradición lo presenta como príncipe poderoso y rico, cuya autoridad se reconocía hasta en Siquem. Al morir debió heredarle uno de sus muchos hijos legítimos; pero Abimelek, hijo suyo y de una mujer cananea, se proclamó rey en Siquem, gracias al auxilio de los hermanos de su madre. Al igual de los jefes beduinos del presente, abusaba Abimelek de su posición ventajosa en la montaña para esquilmar á las caravanas que pasa-

ban á su alcance. La antigua aristocracia de Siquem, emparentada con los israelitas, desde principios de la conquista, no quiso tolerar la dominación de un hombre, y se rebeló, instigada por un jefe de aventureros llamado Gaal. Caro pagó este arranque de independencia. Gaal fué vencido, Siquem tomada sin resistencia y unos mil fugitivos que se habían refugiado en el templo de Baal Berith, perecieron entre llamas. Abimelek sitió á Tebez; cayó la ciudad, pero el vencedor fué muerto de una pedrada al atacar la ciudadela. Así acabó el primer ensayo de monarquía efraimita. Después de la muerte de Abimelek, las tribus aisladas y desprovistas de jefes, se fueron debilitando y convirtiéndose en presa fácil para los bandoleros. Su tradición registra algunos triunfos y atribuye á Jefté, jefe de bandidos, el honor de haber librado de los amonitas el país de Galaad. Pero estas victorias, aun suponiéndolas ciertas, no tenían consecuencias duraderas. A los pocos años reaparecía más audaz é insolente el enemigo.



Pilastra en forma de dios.
(Templo de Gebel Barkal.)

Al Mediodía era aún peor la situación. De Palestina y Fenicia en las tres tribus que se habían deslizado entre el Mar Muerto y el Mediterráneo, Dan había renunciado á sostenerse allí, y había ido á buscar fortuna cerca de las fuentes del Jordán. Simeón había quedado destruída casi por completo y las pocas familias salvadas se habían fundido con las de Judá, que habían tenido poca suerte en sus intentos de expansión. Judá colonizó á la fuerza una parte del Negeb contratando con los cananeos una alianza que le puso en posesión de Hebrón y Arad, pero sin poder pasar de este límite. Jebus, Guezer, Gibeón la rechazaron y formaron una barrera entre ella y la casa de José. Los filisteos la impidieron extenderse por la llanura y la bloquearon en medio de las montañas.

Los filisteos, como sus rivales los hebreos,

eran un pueblo nuevo en Canaán. Se supone que procedían de Creta y el nombre de *plisti* indica origen extranjero ó largas emigraciones y recuerda el de los pelasgos. Los escritores hebreos los llaman á veces *crethi* que claramente reproduce el de cretenses. Otras veces se los llama cari (*;carios?*) al hablar de la guardia de los reyes de Judá, y es sabido que los carios eran aliados de los cretenses, y lo mismo que éstos servían como mercenarios. Las tradiciones hebreas indican unánimemente que los filisteos procedían de la isla de Caftor, palabra vaga que representaba para los hebreos un país lejano y marítimo. Esteban de Bizancio dice que la ciudad de Gaza era una colonia cretense. Los filisteos formaban parte de las tribus que atacaron á Egipto en tiempo de Ramsés III. Vencidos por éste, se alistaron á su servicio, y les concedió permiso para establecerse en la costa meridional de Siria.

El territorio que se les otorgó entre la montaña, el mar y el desierto, se extendía desde el torrente de Egipto hasta los alrededores de Joppe y contenía cinco poblaciones importantes: Gaza, Ascalón, Ashdod, Ekron y Gath, que dominaban la salida á Africa y las cercanías del istmo, por lo cual los Faraones las habían ocupado sólidamente desde sus primeras campañas. Thutmosis III, Setui I, Ramsés II tenían guarnición en Gaza. Ramsés III introdujo en ella á los filisteos, cuya fidelidad le parecía segura. Sus afueras y los pueblos abiertos que la rodeaban estaban ocupados por los awim, que no ofrecieron resistencia. Los filisteos se apoderaron de las cinco ciudades y se mezclaron, mediante repetidos casamientos, con los amos primitivos del terreno, cuya lengua y religión adoptaron. Marna de Gaza y los dioses-peces de Ascalón, llamados Dagon y Dergeti, fueron sus dioses. La raza resultante de este cruzamiento se dividió naturalmente en dos secciones: una clase popular compuesta sobre todo de las familias autóctonas, y una aristocracia militar, procedente de los vencidos por Ramsés III. Las cinco ciudades hermanas siguieron siendo capitales de los cinco principados confederados. Gaza solía ejercer una especie de hegemonía, justificada por la importancia militar y comercial de su posición. Luego seguían por orden Ashdad, Ascalón, Gath y Ekron. A cada una la gobernaba un jefe militar ó *serén*. En Gath, donde la población encerraba una proporción

de elementos cananeos, el *serén* era hereditario y llevaba el título de rey (*melek*). Los cinco *serén* se reunían en consejo para deliberar sobre asuntos comunes y celebrar sacrificios en nombre de la confederación. Iban á la guerra juntos, cada uno al frente del contingente de su ciudad. Su ejército valía mucho por los carros de guerra que ocupaba la nobleza, y por los arqueros cuya destreza era proverbial en Israel.

Cuando los Ramesidas dejaron de presentarse en Siria, entregados los filisteos á sus propias fuerzas, las experimentaron en sus vecinos. Los sidonios habían sufrido considerables pérdidas. No contentos los griegos con quitarles las islas del Mar Egeo, excepto Rodas, los perseguían por los mares de Oriente. Caria, Cilicia, Panfitia y Chipre fueron atacadas por los aqueos, al mismo tiempo que intentaban hacer lo mismo con Egipto. Desembarcados en dicha isla fundaron á Salamina y obligaron á los fenicios á abandonársela toda, menos Kiton y Lapeto y alguna otra población secundaria. Como vanguardia de las fronteras del mundo oriental, los griegos de Chipre tomaron á éste en parte su civilización. Sus artistas, sometidos á la influencia egipcia y asiria, ora se inclinaron á imitar á Egipto, ora á Asiria. Tomaron de los hittitas (con los cuales estaban siempre en contacto) parte de su sistema de escritura y lo emplearon, á pesar de ciertas prohibiciones, después de que otros pueblos de su raza adoptaron y perfeccionaron el alfabeto cadmeo.

Importante era esta pérdida para los fenicios, pero la compensaron descubriendo comarcas lejanas, donde dominaron sin rivales. Atraídos al Oeste, como, probablemente, los tirseos y otros pueblos del Asia Menor, por la fama de un continente productivo en metales preciosos, y muy rico en todas las cosas necesarias para la vida, pasaron de Grecia á Italia, á Sicilia, Malta y Africa. Allí podían escoger dos vías. Yendo de Sicilia al Norte y luego hacia Occidente, encontraban á Cerdeña y las Baleares; siguiendo la costa de Africa, alcanzaban la salida del Mediterráneo al Océano, ó sea el estrecho de Gibraltar. Probable es que frecuentaran ambos caminos, colonizando de paso las Baleares. La posesión de estas islas les era tanto más útil cuanto que la costa Oriental de España no es muy hospitalaria para los buques por falta de abriges, y Menorca tiene uno de los me-

jores puertos del Mediterráneo. Gibraltar señalaba para ellos el límite extremo de las conquistas de Melkarth. Según la tradición, en dos islotes colocados de frente, uno en Europa, otro en Africa, el dios había levantado dos pilares en conmemoración de sus victorias, las columnas de Hércules, que dieron nombre al estrecho. Más allá de las columnas empezaba el país de Tharshish, el Tartesos de los griegos, una de las regiones más fecundas del mundo antiguo. Las llanuras que el Betis y el Anas (Guadalquivir y Guadiana) riegan, producen aceite, vino y trigo en abundancia. La lana de sus carneros, fina y flexible, se prestaba mejor que las demás á las labores de cosido y bordado en que eran famosos los fenicios. Las montañas de España, cubiertas entonces de bosques, encerraban minas de oro, plata, cobre, estaño y plomo; los ríos arrastraban pepitas de oro; el mar era abundantísimo en pescados. Los fenicios tuvieron que hacer varias intenciones antes de apoderarse de las costas. Sus estaciones más antiguas parece que fueron Six, más acá de las columnas de Hércules, y Onoba, más allá. Al fin llegó una escuadra tiria á estos parajes, sobre el año 1100 antes de J. C. y desembarcó colonos en una islilla larga y estrecha, separada apenas de la costa por un brazo de agua. Allí construyeron á Gadir (Cádiz), que por su admirable situación fué pronto el centro de las posesiones fenicias en España, Carteya, Malaca y Abdera. De Tiro á Gadir y de Gadir á Tiro, hubo comunicaciones tan regulares y completas como entre Chipre y Fenicia.

Los buques de los antiguos no podían hacer un crucero tan largo sin detenerse con frecuencia en los puertos, ya para resguardarse del mal tiempo, ya para renovar sus provisiones. Los fenicios llenaron su ruta de factorías que sirvieran de punto de descanso á sus flotas, y abrieran nuevas salidas á sus mercados. Si veían un abra resguardado detrás de un cabo, una islilla cerca de tierra, una playa donde pudieran varar las embarcaciones, desembarcaban y fundaban, según el caso, un depósito, un fuerte ó una ciudad. Así rodearon á Sicilia de un círculo de establecimientos: Rosh-Melkarth al Sur, Motya al Este, Soloeis y Ziz al Norte. El santuario de Astarté, en la cumbre del monte Erix conservó su fama de santidad hasta los últimos días del paganismo, y les